

almuerzo á los que trabajaban en las obras y el amor y liberalidad con que se lo repartía, y trabajando él más que ninguno, no lo gustaba, ofreciendo aquella mortificación á Dios.

En treinta y tres años que estuvo en Cinaloa, no se le conoció cama, ni se desnudó ni acostó para dormir, porque en una pobre silla, y, cuando caminaba, en el campo sobre una piedra, ó arrimado á un árbol, tomaba un corto reposo, y luego se levantaba á la oracion, en que perseveraba hasta que salía el sol.

Andaba pobremente vestido, y lo más del tiempo con una sotana parda y vieja de barato, como si fuera un jornalero alquilado para servir en la casa; y con ser tan inclinado á dar limosna, que nunca le sufrió el corazón despedir desconsolado á pobre que la pidiese, y tener á su mano cuanto había en el colegio, nunca dió cosa alguna sin expresa licencia del Superior. Al mismo tenor se esmeró en el recato de su persona y en la obediencia puntualísima á los Superiores con inviolable observancia de las reglas.

De su humildad pudiéramos decir mucho, y se colige de lo dicho hasta aquí; porque, con trabajar tanto, siempre se tenía por inútil, y nunca se le oyó palabra de alabanza ó estimacion de lo que hacía; honraba á todos y en especial á los Sacerdotes, á quien tenía tanto respeto, que no se atrevía á cubrirse en su presencia; y, lo que excede á todo el modo ordinario, tomaba para lavarse el agua en que se habían lavado, no se teniendo por digno de gastar la que estaba preparada para ellos en el colegio, que, aunque parece menudencia, declara el respeto que les tenía.

Finalmente, fué un perfecto religioso, espejo y dechado de su estado de coadjutor temporal, lleno de altas virtudes, en las cuales fué creciendo desde que entró en la Compañía hasta el día en que murió, que juntas con su buen caudal, maduro juicio, prudencia, sinceridad y verdad, le hicieron amable y respetable á todos los que le trataron.

Queriendo nuestro Señor darle el premio de sus trabajos, le envió un recio dolor de estómago, estando fuera del colegio en una heredad, el cual le apretó de manera, que no pudo venir á él, como lo deseaba, á morir entre sus hermanos, cogiéndole dos leguas distante: dos hombres que se hallaron presentes, le compusieron una pobre camilla para recostarle en ella; mas, como no la usaba, no pudo tomar descanso, y así le sentaron en una pobre silla, que era su ordinaria cama, en la cual, con un santo Cristo en las manos y una vela bendita encendida, en santos coloquios, dió su alma á nuestro Señor, que para tanta gloria suya le crió, teniendo sesenta y cinco años de edad y cuarenta de religion.

Había comulgado en el colegio dos días ántes, y así no le halló la muerte

desapercibido, porque toda su vida fué una continua preparacion para morir.

Su muerte fué sentida de todos, y más de los indios, que la celebraron con lágrimas, llorando la muerte de su comun Padre, á quien tuvieron por tal y sin él se tenían por huérfanos y desamparados; pero en el cielo no se ha olvidado de ellos, alcanzando de Dios muchos y santos obreros que han ido á enseñarlos.

Su vida, por ejemplar y santa, escribió el P. Andrés Perez de Rivas en la *Historia de las misiones de Cinaloa*, lib. 3.º, cap. xxxv, y yo la he querido poner aquí para comun edificacion y ejemplo de todos. Fué su santa muerte el año de 1624; el día fijo no se sabe.

P. ANDRADE.

P. HERNANDO DE VILLAFANE

POR haber sido este esclarecido religioso compañero y condiscípulo del santo mártir Gonzalo de Tapia y sucesor suyo en la mision de Cinaloa, y alcanzado al H. Francisco de Castro en ella, para complemento de su historia, se pone aquí su vida que fué la siguiente:

Nació el P. Hernando de Villafane en la ciudad de Leon de Castilla la Vieja, de padres muy nobles, de quien recibió muy cristiana doctrina en los primeros años, criándole con particular cuidado y aplicándole al estudio de la latinidad y virtud, en que dió prendas de su buen ingenio.

Despues le enviaron á Salamanca para que estudiase Derecho; pero, como Dios lo prevenia para otros altos fines, así le puso prendas que le asegurasen la consecucion de ellos; porque, demás de la diligencia en la facultad que estudiaba, la ponía mayor en la modestia y recato de sus acciones.

Era de singular ejemplo á los de la Universidad en la compostura y honestidad de su persona, descubriendo lo que había de resplandecer despues en él; porque juntamente con alumbrar nuestro Señor su entendimiento para las letras, aprovechaba más en desengaños de la vanidad del mundo.

Esta consideracion hizo tanto peso en su alma que se determinó á dejar el siglo, donde pudiera prometerse mucho descanso y regalo por la riqueza y nobleza grande de sus padres; encomendaba muy de veras á nuestro Señor estos desesos, suplicándole que, si le agradaban, los perfeccionase.

Cumplióselos su divina Bondad, y le facilitó la entrada en nuestra Compañía, donde fué admitido con comun aprobacion.

En el noviciado comenzó luego con gran fervor á imprimir en su alma las virtudes religiosas, haciendo grande estimacion del instituto á que Dios le habia llamado. Esmerábase en seguir á los más fervorosos connovicios, poniéndose delante sus virtudes para imitarlas; y se prometian los Superiores tanto de su perseverancia y virtud, que siendo aún novicio, le enviaron á su propia patria para que estudiase Filosofía.

Cúpole en venturosa suerte por maestro el P. Luis de la Puente, varon insigne en sabiduría y santidad. Alegróse mucho nuestro Hermano de tener tal maestro, y con su vista y trato se le aumentaban los deseos de mayor perfeccion. Aprendió de él las Artes, en que salió muy aprovechado, y con la comunicacion espiritual no ménos instruido en el espíritu y la virtud, cuyos documentos estampó en su alma, y los dictámenes espirituales y sentencias que le habia oido los conservó toda su vida, y se le oian referir frecuentemente con grande afecto y estima.

En los largos caminos que anduvo, habia de llevar consigo algun libro de los del P. la Puente, que iba leyendo caminando en la cabalgadura, y gastando en eso y en oracion buenos ratos del camino.

Por estos medios disponia Dios el bien de muchas almas, previniendo, aún cuando era Hermano este su siervo evangélico, un ministro que se hallaba ya tan lleno de sentimientos divinos de aprecio de la salvacion de los prójimos, que no se contenia en sí, sino meditaba las empresas de pasar á las Indias á la conversion de tan extendida gentilidad como consideraba entregada al culto del demonio.

Representó estos deseos á sus Superiores, y atendiendo á su mucha virtud y verdadera vocacion, fueron admitidos y le enviaron á la provincia de Nueva España en compañía del P. Francisco Vaez, de vuelta de Roma por Procurador de Méjico.

Llegado al colegio de Méjico, y conociéndose los santos deseos con que habia ido de España, luego se le dió materia en que los ejercitase; y, ántes que se ordenase y acabase sus estudios, le enviaron los Superiores al colegio de Pascuaro en la provincia de Mechoacan, para que aprendiese aquella lengua.

Muy pronto lo halló la santa obediencia, y llegado allí, luego con grande diligencia aprendió la lengua tarasca, general de aquellos indios; y, aunque fué fuerza volver á Méjico á acabar sus estudios y ordenarse, volvió luego para la misma provincia, en la cual por algunos años se empleó en el bien de los naturales, ejercitando con ellos y con mucho fervor los ministerios de la Compañía.

Era continuo en repartirles el pan de la divina palabra, eficaz en exhortarlos á la virtud y á dejar sus vicios; confesábalos é industriábalos en toda piedad y devocion; y para conseguir esto, trató de veras de perfeccionarse en la lengua en que salió tan aventajado que aún muchos años despues, habiendo aprendido otras bárbaras, no la olvidó y la hablaba con eminencia; y, si encontraba con indios mechoacanes, no habia de pasar sin platicarles y hacerles doctrina, aunque se detuviere en el camino.

Estando en el colegio de Pascuaro, fué señalado de los Superiores por Rector de él, donde ejercitó su oficio con mucha prudencia y vigilancia, atendiendo á un tiempo así al provecho de los súbditos, como al de los muchos españoles y naturales indios, ayudando á unos y á otros con sus frecuentes sermones en sus lenguas.

Empleándose en estos ministerios, le halló la nueva de la muerte del santo mártir P. Gonzalo de Tapia, natural tambien de la ciudad de Leon, muy amado del P. Villafañe por la santa correspondencia que se tuvieron al vivir y navegar juntos á la Nueva España, como por la semejanza que hallaba de su celo y fervor en las virtudes del P. Tapia, dándole más pena el desamparo en que con su muerte quedaba aquella bárbara gentilidad.

En estos dias eran muy frecuentes los impulsos que recibia del cielo, y le llamaban á las empresas de la extendida provincia de Cinaloa, y encendian su ánimo en deseos de verse empleado en ellas, aunque tan trabajosas y peligrosas.

Presentó sus deseos al P. Provincial, que no ménos deseaba enviar á ella persona de caudal, religion y talento, y que pusiese en estado mision por una parte tan de gloria de Dios, y por otra tan perseguida en este tiempo del demonio, que la pretendia destruir; y, juzgando que era de Dios la oferta que hacia de sí este evangélico ministro, la admitió, prometiéndose los grandes frutos que se podian esperar del celo santo del bien de las almas, que Dios habia puesto en él, y no se engañó. Fué despachado á la provincia y mision de Cinaloa.

En llegando, y teniendo ya delante aquella gentilidad y campo que le mandaba Dios cultivar, no le acobardó ni la dificultad y trabajos de la labor, ni el horror de las selvas espesas de naciones infieles y bárbaras, que casi todas en este tiempo estaban por amansarse. Alentábale el verse empleado en cultivar estas gentes, de cuya ocupacion hacia este siervo de Dios grande estima, y hablaba altamente con palabras muy encendidas en el amor de Dios.

En la provincia de Cinaloa le cupo la nacion Guacave, que era muy copiosa, á quien dió pasto saludable de doctrina los treinta años de su mision

apostólica, padeciendo incansables é innumerables trabajos y áun peligros de la vida, ya predicándoles, ya administrando los santos Sacramentos, ya fundando iglesias, ya reduciendo á república aquellos bárbaros tan ajenos de policía, de que vió grandes logros de sus santos trabajos.

Y porque echó de ver este insigne varon que no podia comunicarles la doctrina celestial sin palabras de las lenguas de las naciones que administraba, puso tan extraordinario cuidado en aprenderlas, que aunque dificultosas, venció la aplicacion santa á la dificultad, y alcanzó de ellas perfecta noticia. Decia que algunos modos particulares y propios de hablar de los indios, que procuró saber con propiedad, para explicarles los misterios de nuestra santa fe, le habian costado disciplinas y oraciones, pidiendo luz del cielo para aprenderlos, por ser tan difíciles.

Él fué el primero que redujo á reglas y arte la lengua guacave, que corria por todas las marinas de Cinaloa, argumento de que las lenguas que aprendió este varon apostólico eran de fuego y del Espíritu Santo, al modo que las comunicó ese divino Espíritu á los Apóstoles en oracion, y no para aplausos del mundo, sino para regarlo y secundarlo con el agua de la divina palabra, como lo hizo por treinta años todos los domingos, sin perdonar ninguno, cuando tuvo salud; demás de esto eran frecuentes sus pláticas todos los dias, declarándoles los misterios de nuestra santa fe.

En acabando de celebrar y dar gracias, entonaba él mismo con sus indios la doctrina cristiana en la iglesia, con una perseverancia que admiraba; y echábase bien de ver el fruto, porque las sabian tan bien los guacaves como las cristiandades bien doctrinadas de España; y este celo mostró tambien visitando las misiones de Cinaloa, en quanto Superior de ellas, y otras cuatro que fuera de esa provincia tiene la Compañía.

Era fervorosisimo este apostólico varon en alentar á los Padres misioneros en la estima de su ministerio, en que Dios les habia puesto; cuidaba al visitar los partidos de que tuviesen los catecismos de doctrina en sus propias lenguas, único medio para aumentarlos y aprovecharlos en cristiandad.

Las cosas que tocaban al ornato y culto divino las solicitaba y buscaba con singular cuidado, y era mucho el aliño y aseo con que hacia componer los altares y aderezaba sus iglesias, porque con esto exterior hacen aprecio de lo espiritual estas naciones.

Este motivo fué el que le alentó á ser él de los primeros que en la provincia de Cinaloa emprendió edificar iglesia de dura en sus pueblos, siendo él en persona el sobrestante, y áun poniendo las manos en la obra: á que se añadió que, habiéndose quebrantado y trabajado mucho en levantar tres muy

hermosas iglesias, viéndolas derribadas con una inundacion del rio, cuando ya estaban para predicar, y viendo tambien inundados los pueblos que le habian costado grande trabajo de fundar y congregarse; recibió este golpe con grande conformidad, y dijo aquellas palabras del santo Job: *Sicut Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.* Y no quebrantado su ánimo, sino con el mismo que edificó las primeras, comenzó de nuevo, acabó y dedicó las segundas, con grande solemnidad de sus pueblos cristianos; y los de las naciones vecinas quedaron animados á hacer lo propio, á que tuvo atencion el evangélico ministro: solian decir los Padres misioneros antiguos: «Vamos al partido del P. Hernando de Villafañe, para que aprendamos lo que habemos de hacer en nuestros partidos.»

Fueron tambien efectos de su celo los aumentos de estas misiones en lo temporal, concedidos por los virreyes y gobernadores á fuerza de solicitudes suyas, costándole esto muchos trabajos y viajes á Méjico; y lo que los vecinos españoles de esta provincia tienen de haciendas de ganado mayor y menor, asiento de presidio, sueldos de soldados, ventajas al capitan, casi todo se debe á la diligencia del P. Villafañe, la cual juntamente puso en que la hacienda real se gastase necesaria y provechosamente: de donde vino la estimacion grande que hicieron de su persona los virreyes y gobernadores, con tanta aprobacion de su crédito, que, en viendo firma del P. Villafañe en cosas de gastos, lo concedian luego, porque estaban muy pagados de su grande prudencia y religion.

Tambien los Inquisidores de Méjico tuvieron la misma estima de este prudente Padre en órden á las cosas de nuestra santa fe, y así le cometieron la comisaría del Santo Oficio en las dos provincias de Culiacan y Cinaloa, la cual ejercitó hasta su muerte con grande satisfaccion de aquel tribunal; y quien fué celoso y cuidadoso en lo que no tan de cerca le tocaba, no lo seria ménos en lo propio de su profesion.

En la disciplina regular fué puntual observante de los órdenes de sus Superiores mayores, que hizo guardar con exaccion, y á cuya ejecucion iba el primero con el ejemplo.

A la virtud santa de la obediencia la miró siempre este siervo de Dios como á su norte, gobernándose por su luz, y así tuvo dichosos aciertos en sus dificultosas empresas.

Mandáronle interrumpir sus estudios, siendo estudiante, é ir á Mechoacan á aprender la lengua de aquellos indios; obedeció con sumo gusto, y con cuidado se aplicó al estudio de ella. Despues de Sacerdote le ordenaron los Superiores la vuelta á la misma provincia, y fué á ella con igual contento que la primera. De allí le pasaron á la mision de Cinaloa, distante trescientas le-

guas, y fué no sólo con alegría, pero con fervor apostólico. Luego le mandaron que volviese á la ciudad de Méjico por Rector del colegio, á que vino con pena de haber de gobernar y apartarse de sus amadas misiones, aunque tan llenas de trabajos.

Cumplido el oficio de Rector, fué electo de la provincia por su Procurador á Roma; y por servirla en esta ocupacion y viaje de millares de leguas, lo aceptó el que tenia andados otros muchos en tantos años de mision, donde es continuo el caminar.

Llegado de viaje tan largo como el de Romá, volvió sin tomar descanso á su amada mision de Cinaloa; de allí le mandó el P. Provincial diese la vuelta otra vez á Méjico, para que se hallase á la Congregacion provincial que se juntaba, y donde importaria su presencia: sin excusarse, aunque pudiera legítimamente, pues ya era la edad muy cargada de años y fatigada de caminos y achaques de gota; con todo eso emprendió el viaje de trescientas leguas y se halló en la Congregacion, la cual disuelta, se volvió á su mision, donde tenia librada su quietud y descanso, y en el celo de la ayuda de las almas que ardía en su espíritu.

Diciéndole un religioso que cómo se ponía en tan largos caminos con tanta edad y enfermedad de gota, respondió: «Dios es quien me llama, y habiéndole de obedecer como debo, el ponerme en camino con buena salud y fuerzas fuera obligacion y deuda de la obediencia que le prometí; quiero caminar enfermo y sin fuerzas; paguemos con amor lo que por amor le es debido, que va mucho de obedecer en lo que no hay que sentir, al obedecer donde es fuerza penar.» Con este espíritu hablaba y obraba en esta materia el muy religioso Padre.

En el voto de la pobreza religiosa dejó señalados ejemplos; no sólo le ofendía lo vano y supérfluo en el uso de las cosas, pero aún de lo devoto se abstenía cuando por curioso le parecía que excedían de lo que pedia su estado. Por esto nunca conservó lámina de precio ó relicario curioso, con ser así que podía tener alhajas de este género muy fácilmente por haber ido á Roma por Procurador. Conocía el P. Hernando de Villafañe, como varon espiritual, que tal vez se engaña en esto la devocion y se muestra propiedad en el afecto, y andaba tan atento en materia de pobreza religiosa, que los sermones escritos de su mano no se atrevía á disponer de ellos sin pedir primero licencia á su Superior.

En la observancia de toda pureza y castidad anduvo siempre con suma vigilancia, viviendo con grande recato treinta años en medio de gente desnuda, mortificando continuamente sus sentidos, añadiendo para ello el reconciliarse cada dia cuando tenia Sacerdote; tan continuo era en el cuidado de la pureza.

Aumentaba este religiosísimo Padre sus virtudes con la oracion, á que fué siempre muy aficionado, y sustentaba entre dia con frecuentes jaculatorias y recurso á Dios.

Cuando el achaque de la gota le obligaba á hacer cama, y le echaba como prisiones para no atender á los ministerios de la enseñanza y predicacion del Evangelio, á que tuvo aficion toda su vida; entónces más libre y desembarazado, se daba á la consideracion de las cosas eternas; recitaba devotas canciones que en alabanza del Santísimo Sacramento y de la Santísima Virgen él habia compuesto, afervorizándose en su amor y devocion.

Cuando caminaba, su mayor alivio y entretenimiento en la soledad de los muchos caminos que anduvo, era el leer libros devotos y despertar afectos santos, medio por el cual muchas veces era levantado su ánimo á altos conceptos de los divinos atributos, que le bañaban el alma de gran dulzura y le servian de alivio, no sólo al devoto Padre, sino á los que algunas veces en su compañía caminaban.

Acompañó este insigne varon el ejercicio de la oracion con la que es su fiel compañera, la mortificacion y penitencia: cuando la salud y los años le ayudaron, hacia disciplinas rigurosas para domar la carne, y con este mismo espíritu se alentaba tanto á buscar estas penas para su cuerpo, que necesitaba que los Superiores le fuesen á la mano.

Aunque para sí era severo y riguroso, no lo era para los demás, sino afable, en particular con los soldados de escolta, que en algunas ocasiones de peligros le acompañaron y lo hacian con particular gusto por el cuidado que tenia en acomodarlos y regalarlos con lo que podía en tierra tan pobre y necesitada.

Pero en lo que mostró más su benignidad fué con los pobres indios, con los cuales tuvo muy apacible comunicacion para ganarlos para Cristo y ser amado de ellos. Socorríalos con mucha liberalidad en las necesidades temporales que padecian, repartiales con notable benevolencia cuanto tenia, y cuando caian enfermos, los regalaba y proveía de sustento.

Para con los indiecitos pequeños era admirable el afecto con que los hacia sentar junto á la mesa cuando comía, dándoles de los bocados de su mismo plato, y los agasajaba y acariciaba con tanto amor como si fuera padre de cada uno; con esta benignidad ganó á los indios de suerte, que lo amaban tiernamente, y los españoles le admiraban en ver persona de sus canas, autoridad y oficios, que habia tenido de Rector de Méjico, donde pudiera quedarse á vivir con mucho descanso, Procurador á Roma, Comisario del Santo Oficio, ocuparse con tanto gusto en ministerios que carecen de lustre, y de que el Padre hacia más aprecio que lo hiciera el más ambicioso de sus mayores lu-

cimientos; y, sobre todo, edificaba á los españoles el verle tan atento al bien espiritual de sus feligreses, acudiendo con gran puntualidad á todas horas, de noche y de día, con serenos y soles fortísimos, á confesar enfermos, consolando á los tristes, aliviando á los afligidos y usando de todos los medios para reducirlos á las leyes de Dios y de la virtud.

Fué singular la devocion que tuvo este siervo de Dios al Santísimo Sacramento y sacrosanto misterio de la Misa, la cual celebraba todos los días, aunque fuese caminando, en que jamas se acordaba de haber hecho falta, porque prevenia los impedimentos que podian ofrecerse á esta su cordial devocion.

Cuando fué á Roma por Procurador, era su mayor cuidado el disponer la jornada y paraje donde tuviese comodidad para gozar de este celestial viático, y el privarse de él en la navegacion (que en aquel tiempo no estaba tan introducido como en el presente) esa era su mayor pena y trabajo, é hizo muchas diligencias para celebrar en el navío, pidiendo pareceres á hombres doctos cuando hubo de volver á Nueva España; y aunque tuvo grandes contradicciones, al fin salió con su intento, siendo el primero que en la carrera de las Indias occidentales introdujo el santo sacrificio de la Misa. Si por impedido de la gota no la decia, se hacia llevar á la iglesia, y la oia, comulgando en ella con gran devocion.

Cuando la enfermedad le obligó á quedar en la cama, alcanzó de los Superiores un aposento, cuya ventana caia á la iglesia, y desde ella oia Misa con gran consuelo de su espíritu, aunque cargado de dolores. Y cuando celebraba, era preparándose con particular oracion, fuera de la ordinaria, confesándose todos los días, y despues asistiendo á todas las Misas de que podia gozar.

La última Cuaresma de su vida, viendo el Superior cuán quebrantado estaba de la salud y falto de fuerzas por los muchos años de su edad, le pidió se quedase á descansar en el colegio de la villa de Cinaloa, y no fuese á su partido, pues tenia en él otro Padre compañero que supliria la falta que podia hacer su ausencia. El Padre, si bien agradeció la oferta de caridad, con todo esto pidió licencia para volver á su doctrina y ocupacion santa que le tiraba; y con tan nuevos fervores predicaba y confesaba, que decia despues que jamas habia sentido aliento y deseos de ayudar á las almas como desde aquella Cuaresma; y parece, que cuando era tiempo de hacer punto, hizo mayor raya.

Mas, como la naturaleza estaba tan gastada, hubo de ceder el deseo á la flaqueza, porque pocos días despues le derribó en la cama la enfermedad, y por la mayor comodidad le llevaron á su colegio. Conocióse ser mortal el accidente, confesóse generalmente como lo habia hecho otras veces.

Siete años habia que con particular cuidado se aparejaba para morir, aunque siempre le acompañó ese cuidado, y viendo que ya se acercaba aquel punto en que habia de pasar á la eternidad, dijo al Padre Rector, presentes otros Padres: «Doy á Dios muchas gracias por la merced que me hace de llevarme ahora que no me halla la muerte descuidado: hago lo que puedo de mis ejercicios, y gózome que me dió esta enfermedad, predicando á mis indios.»

Ibase aumentando el mal, y todos lloraban tiernamente su ausencia, porque muriendo el Padre, faltaba la principal columna que sustentaba aquellas misiones, que como Padre las habia amado, como Prelado gobernado y como santo con sus ejemplos edificado, aunque no se olvidó Dios de darles despues otros ilustres ministros, que por ayudarlas derramaron su sangre.

Llegósele, en fin, la hora de su muerte al V. P. Hernando de Villafañe, habiendo recibido los santos Sacramentos, que fué con grande quietud y sosiego como habia vivido.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Andrés Perez, en su *Historia de los Triunfos de la Fe*, lib. 5.º, cap. XXIII: no dice el mes ni año en que murió; tiénese por cierto que seria por el mismo tiempo que el H. Francisco de Castro, y por esto se pone consiguiente á él.

P. ANDRADE.

P. HERNANDO DE TOBAR

EL siervo de Dios P. Hernando de Tobar fué natural de Ceilan, en la Nueva Galicia, provincia de Méjico. Era este santo varon hijo de padres nobles, y así de un aspecto señorial y grave, aunque muy apacible y acompañado de una religiosa humildad y modestia.

Desde niño fué muy aplicado á las cosas de virtud y aficionado á la Compañía, cuando aún apenas era conocida en aquellas partes de la Nueva España. Al primero que vió de la Compañía, que fué el santo protomártir de Méjico, el P. Gonzalo de Tapia, lo acompañaba al púlpito y en todos los demas ministerios con grande devocion y gusto, no teniendo aún doce años cumplidos, cuando parece se imponia en aquella tierna edad para las misiones apostólicas que andando el tiempo siendo de la Compañía habia de hacer.

Despues á todos los de la Compañía que venian á casa de sus padres,